

TESTIMONIO

EL DESARROLLO, DIMENSION PATOLOGICA DE LA CULTURA INDUSTRIAL*

José Luis SAMPEDRO

LA CULTURA, ¿dimensión olvidada del desarrollo? Sin duda; no pienso discrepar. Al contrario, aunque me propongo invertir la frase, ya se verá que es para mejor concluir coincidiendo con ella y confirmándola. Pues, ciertamente, las teorías del desarrollo difundidas desde las grandes universidades del mundo industrializado olvidan lo cultural, o lo relegan a meros añadidos en sus modelos formalizados, llamados de desarrollo, cuando apenas son de crecimiento. Bienvenido sea por tanto cuanto se haga para recordarnos lo cultural, y a ello pretendo contribuir aquí.

Ahora bien, no nos precipitemos a admitir que al desarrollo le "falta" la cultura, porque así caemos en la trampa de los conceptos convencionales, que nos colonizan con su visión del mundo. Pues la cultura, cualquier cultura, es antes que el desarrollo —la prueba es que puede existir sin él—, luego obviamente abarca al desarrollo y no a la inversa. Cultura es cada manera global de vivir —en expresiva frase de Zubiri, nuestro modo de "habérselas con la realidad"—, mientras que el desarrollo de la teoría convencional concierne sólo a lo económico. Incluso considerado en general, el desarrollo no pasaría de ser sino la evolución de la cultura: sus cambios, no su sustancia. Circunscrito a lo económico, el desarrollo —como el arte o la religión— es sólo una dimensión de la cultura. Nada menos, pero nada más.

Dimensión, pero no olvidada. Todo lo contrario: ese es el nudo de nuestros problemas. Dimensión hipertrofiada por el desarrollismo, esa obsesión de multiplicar los productos a costa de lo que sea. Dimensión desaforada, perturbadora como las células malignas en el cáncer. El desarrollismo, con su falso ideal del crecimiento perpetuo, es precisamente la dimensión patológica de la cultura occidental. Al afirmarlo así, no olvido que un gran número de países necesita todavía aumentar su producción, pero eso no obliga a aceptar *toda* la civilización industrial con su modelo desarrollista, que no se entienda añadiéndole meros

* Este artículo se publicó originalmente en *Desarrollo*, nº 1, Madrid, 1982.

parches culturales. Lo que se necesita es poner el desarrollo al servicio de la cultura —de la vida— y no a la inversa.

¿Mero juego de palabras? De ningún modo, porque la manera de plantear los problemas condiciona la solución que se busca y, por tanto, la que se encuentra. En esta ocasión, si vemos la cultura como dimensión del desarrollo tenderemos a insertar en éste parcelas de aquélla, traicionando la esencia global de toda cultura. En cambio, planteando la cuestión al revés es cuando de verdad podremos reintegrar el desarrollo en la cultura, llegando así hasta el corazón del problema, asentado en la base misma de la civilización industrial. Pues si el desarrollo económico del modelo es patológico, ello se debe a que esa cultura está enferma.

La ruptura desarrollista

La enfermedad consiste, y en eso estriba el problema fundamental de nuestro mundo, en que un aspecto parcial del vivir, como es el económico, centrado en el desarrollo, es preferido a todos los demás por la ideología industrial; sin perjuicio de que ésta afirme al mismo tiempo profesar creencias tan alejadas del consumo material como las evangélicas, que no le impiden contradecirse con la colonización explotadora o el armamentismo. A ello se ha llegado en la historia, como es sabido, al racionalizar y secularizar progresivamente la cultura medieval europea, originariamente emanada del mundo grecorromano y judeocristiano. Esa racionalización, a su vez, engendró un determinado conocimiento científico cuyo objetivo más prestigioso es la acción tecnificada sobre el mundo y el consiguiente poder; a diferencia de los fines perseguidos por otras culturas, cuyo saber se orienta, por ejemplo, a la comprensión gratificante de la realidad o al goce sereno de nuestro mundo interior.

Por supuesto que toda cultura necesita disponer de un soporte material, creado y mejorado por la actividad económica. Pero el desbordamiento de ese soporte hasta llegar al desarrollismo actual es un fenómeno localizado en la historia y en la geografía: tiene sus orígenes a fines de la Edad Media y en Europa. La crisis actual no arranca de las grandes revoluciones modernas —inglesa, francesa o soviética—, que sólo transformaron los sistemas de reparto del producto social, pues la cuestión de fondo es la forma —dada por la cultura— de arrancar al mundo exterior ese producto, y eso es lo que se replanteó en la honda ruptura histórica que separa la Edad Media del Renacimiento. Desde entonces, Europa emprendió el camino del vivir tecnificado que luego irá difundiendo progresivamente por el mundo, a compás de su expansión colonial, pues ocurrió que los hombres dejaron de sentirse componentes del cosmos y pasaron a contemplar el mundo como su propiedad, como objeto explotable. El hombre renacentista se instala egocéntricamente frente a la naturaleza y decide que ese es su botín, olvidando lo que hoy saben los ecologistas; es decir, que él también depende de ella, porque si él es historia también es naturaleza. Con todo, el arquetipo renacentista aún procuraba armonizarse con el mundo, y así Paracelso escribía: *Natura parendo vincitur*, a la naturaleza se la domina obedeciéndola.

Pero en la Inglaterra victoriana ya el éxito económico se valoraba por encima de todo, poniendo el desarrollo al galope. Es que ya en 1748 Benjamin Franklin había acuñado la frase *Time is money*, reductora de la vida (esto es, el tiempo de cada uno) a dinero.

Recuerdo todo eso, lo más brevemente que puedo, para insistir en que la prioridad otorgada en esa cultura al desarrollismo lo convierte en un cáncer cultural y social. En efecto, en todo sistema ocurre que el desarrollo de un subsistema sólo se logra a costa de los demás. En nuestro caso, como ha subrayado Galtung¹, el desarrollo técnico lleva consigo la degradación de la naturaleza; el desarrollo de ciertos países se consigue a costa del de otros y, finalmente, la preferencia por el consumo de objetos y por la vida "hacia afuera" implica el raquitismo de nuestra vida interior.

Y lo peor es que si hoy todavía subsisten millones de seres viviendo en el seno de culturas diferentes, con otros modos de afrontar la realidad, la intrínseca vocación invasora de la civilización industrial está poniendo la hipertrofia desarrollista por todo el mundo, a la manera de una metástasis de ese cáncer. Y como los pueblos del Tercer Mundo padecen hambre —agravada por el previo desarrollo de la cultura industrial— se ven forzados a aceptar el progreso técnico que se les vende, aunque algunos al menos de sus hombres sepan que el resultado será la destrucción de su identidad cultural.

"¿Y no será lo más conveniente?", se preguntarán algunos, dando la razón a los desarrollistas cuando llaman "progreso" a ese vivir para la productividad y el consumismo, aunque con ello desaparezcan las demás culturas —otras formas de gozar la vida, de pensar, de crear— y se regimente la humanidad entera según la uniformidad técnica. "¿Qué razón hay —dirán— para preferir, románticamente, las culturas tradicionales?"

Aparté de que criticar el desarrollo patológico no implica la nostalgia del pasado sino la invención de una nueva cultura, que los tecnócratas no son capaces de crear, el argumento decisivo contra el desarrollismo es la creciente impresión de que está llegando a sus límites: aunque fuera el ideal está agonizando. Claro que los optimistas lo niegan, pero lo va percibiendo la conciencia pública. Asomémonos, por tanto, a esos límites, que pronostican el agotamiento del modelo.

Los límites del desarrollismo

La existencia de esos límites es, justamente, la causa profunda de la crisis actual, que es la crisis del desarrollismo y que por eso es —como he escrito en otro lugar— a la vez global, secular, profunda y desorientada². Aunque el optimismo

¹ Galtung, Poleszynski y Wenemagh: *Overdevelopment and Alternative Ways of Life in High Income Countries*. SID & UN University, Ginebra, 1979.

² En *La segunda ampliación de la CEE: Integración de socios desiguales*. Ed. por D. Seers y C. Vaitos. McMillan y BEE, Madrid, 1981.

académico no quiera reconocerlo, es innegable que el crecimiento indefinido en un mundo finito constituye una utopía. No somos, en cambio, utópicos quienes ponemos nuestras esperanzas en un cambio cultural pues, por difícil que éste parezca —y no soy nada optimista para el futuro inmediato, como se verá— la historia ofrece ejemplos.

No los ofrece, en cambio, para salvar *límites físicos* de agotamiento de recursos como los señalados, por ejemplo, en los informes del Club de Roma, ciertamente verdaderos aunque puedan discutirse las fechas de extinción. Pero es que además existen *límites políticos* obvios, bien patentes con sólo recordar las tensiones internacionales. Sobre todo, ¿hasta cuándo creen poder sostener los países ricos unos niveles de consumo privilegiados que el sistema internacional hace cada año más inalcanzables para los pobres? La reacción de éstos estalla paralelamente en las reivindicaciones tercermundistas y en los crecientes conflictos "locales", cuyo aprovechamiento por las dos grandes potencias para su rivalidad específica no disipa su fondo de rebeldía contra la injusticia mundial. Y, finalmente, existe un *límite interior* en nuestro propio ser individual como resistencia a deshumanizar al hombre y reducirlo a un hueco actor externo, mero productor y consumidor. En los países ricos se han evaporado los ideales movilizadores de otros tiempos y la gente busca salvaciones identificadoras recurriendo, v. g., a las sectas o a nuevos cultos extraños —sin olvidar la exasperada reacción terrorista— que no frenan la expansión de las enfermedades y perturbaciones mentales incubadas en el sistema industrial.

Si todo ello es correcto, ¿cómo puede ser que la economía oficial siga proponiéndonos su modelo de desarrollo? Aparte de que siempre cabe un fácil optimismo tecnológico y una ignorancia de sus consecuencias para la naturaleza del hombre, la respuesta inmediata se encuentra en el cambio que experimentó la ciencia económica hace más o menos un siglo, cuando la "Economía Política" de los Smith o los Mill se convirtió en la *Economics* a secas de Marshall y sus sucesores, por razones varias en cuyo análisis no puedo entrar ahora pero cuya consecuencia fue una nefasta acotación de las variables consideradas suficientes para explicar los hechos económicos.

Tres niveles de variables

Para ilustrar esa reducción economicista en el estudio de la sociedad, que hizo de la economía una técnica —cuando es en rigor un saber social— resulta útil distinguir tres distintos niveles en los que se sitúan, respectivamente, los siguientes componentes de la estructura colectiva: a) *materiales*, b) *institucionales* y c) *axiológicos*. Pese a suponer una extrema simplificación, esa visión nos ayudará a percibir mejor las relaciones entre Cultura y Desarrollo, tema central de estas reflexiones.

La enumeración equivale a diferenciar, respectivamente, el nivel de los hombres y el de las ideas o, si se prefiere, el *nivel tecno-económico*, el *sociopolítico* y el *axiológico*. En el primero se sitúan los bienes y servicios, con fenómenos como la

demanda y la oferta, los precios, la actividad empresarial, la estructura productiva, la distribución y otros. Es el campo de estudio más específico de la ciencia económica actual sin perjuicio de que, por supuesto, ésta se asome además a las instituciones asentadas en el nivel sociopolítico, pero sólo en cuanto generan hechos conceptuados por ella como económicos. Así, por ejemplo, el gobierno será tenido en cuenta únicamente como recaudador y gastador o regulador de la economía. En todo caso, a donde no llegan los intentos explicativos de la economía convencional es al tercer nivel, que contiene el sistema de creencias y valores; aunque a él nos referimos, en cambio, quienes pensamos en la cultura como la variable olvidada.

Bien —se dirá—, ¿y qué hay de malo en esa división del trabajo científico, tan lícita como cualquier otra? Los valores —añadirá el cultivador de la *Economics*— los introducimos como datos, por ejemplo, en las curvas del modelo paretiano, pero el explicarlos corresponde a otros científicos. No son asunto nuestro.

Cierto; esa división del trabajo es perfectamente lícita. Pero entonces ha de ser congruente con ella la división de funciones dentro de la actividad social. En otras palabras, con la teoría basada en esa acotación de variables no es lícito intervenir en procesos sociales donde resultan decisivos los cambios de variables excluidas de aquella acotación, así como la comprensión de esos cambios. La reducción economicista no respeta esa congruencia, y así ha impuesto el crecimiento material como dimensión prioritaria del sistema de vida, a costa de los demás componentes de la vida cotidiana. Cierto que los economistas no son los únicos culpables, sino también los filósofos racionalizadores de los intereses y hasta la misma necesidad real de bienes, pero ello no impide que la reducción economicista haya puesto el progreso humano en manos de quienes por su formación sólo tienen capacidad para dirigir lo económico, por lo que son profesionalmente miopes para otras necesidades vitales, desde la ética a la estética y al goce.

De ahí el desbordamiento desarrollista. En efecto, frente a los modelos explicativos del desarrollo como resultado —para simplificar— de la inversión, será preciso recordar que la decisión inversora tiene sus raíces no sólo en el nivel tecnoeconómico (donde responde allí a los precios o a la rentabilidad), sino también en el nivel político social, desde el cual se influye en la formación de esos precios o se orienta la inversión. Más aún, estas influencias decididas en el seno de las instituciones insertas en ese segundo nivel responden, necesariamente, a juicios, imágenes, preferencias o valores asentados en el tercer nivel. En definitiva, para explicar el consumo o la inversión hay que remontarse, en último término, a variables excluidas por la *Economics*. Y con más razón todavía en el caso del desarrollo: la mera opción por multiplicar las cosas, en vez de buscar, como otras culturas, el perfeccionamiento del hombre mismo (sin negarse por ello a un bienestar que no es el constante "mejorar" desarrollista), es un resultado de factores axiológicos y no puede adoptarse por razones meramente económicas, porque entonces se nos vienen encima las consecuencias no previstas de la hipertrofia desarrollista, como nos ocurre ahora.

Si todo ello no se ha percibido antes más claramente es porque durante épocas con prolongada estabilidad de los valores establecidos era menos grave aceptar teorías parciales excluyentes de la evolución de los mismos, pues ya estaban necesariamente implícitos tales valores en dichas teorías, sin sobrevenir cambios axiológicos que las perturbaran. Por presentar un ejemplo, todavía en la Gran Depresión de 1929, prácticamente ningún economista dudaba de la capacidad del sistema —con sus instituciones y sus valores— para salir adelante. Pero esa capacidad es precisamente lo que ahora ponemos muchos en cuestión, con la creciente conciencia de los límites y con la generalidad de una crisis en la que se tambalean componentes fundamentales, desde la economía hasta el sentido mismo de la técnica.

Otra causa de la insensibilidad hacia las consecuencias negativas del desarrollismo industrializado se encuentra en la situación de dependencia colonial de muchos pueblos hasta la pasada posguerra. Entonces las economías tercermundistas se englobaban dentro de las de sus metrópolis, sin que sus problemas intrínsecos encontraran eco en los grandes centros científicos. Aparte de otras posibles razones, cabe concluir que quizá hace cien años la *Economics* resultase útil para el adelanto, cuando niveles más bajos de consumo justificaban todavía el incremento de la producción en los países más ricos. Pero si hoy se le confía la dirección del sistema, su énfasis en las variables del nivel tecnico-económico sólo nos llevará por el camino de un desarrollismo ya desequilibrado y enfrentado con sus límites.

Niveles sociales y teorías del desarrollo

Parece así que volvemos al principio. ¿Bastará entonces añadir a las teorías dominantes ciertos aditamentos culturales? Ya lo hace dudoso el escaso éxito alcanzado por tales intentos, pero con más fuerza permite negarlo una razón fundamental. En efecto, lo ya expuesto ha mostrado suficientemente que la prioridad del desarrollo material, a costa de lo que sea, es consustancial con la civilización industrial y con su actitud ante la realidad. Es toda esa cultura la que está enferma, y no se corregirá el desarrollo que responde a ella ni con parches de esa misma cultura ni, menos aún, con imposibles injertos —serían rechazados— de otras culturas basadas en valores distintos.

En otras palabras, la solución no llegará añadiendo suplementos con sentido social a la teoría convencional del desarrollo, forzosamente falsa desde el momento en que se ha construido a base de variables insuficientes para la explicación. La solución exige una nueva teoría del desarrollo, y en esa línea se han orientado ya las nuevas concepciones originadas en el Tercer Mundo para rectificar la explicación convencional del desarrollo. Así se han elaborado las teorías de la dependencia y marginación, con nuevos conceptos muy superiores a los convencionales para interpretar la realidad mundial y el estancamiento del diálogo Norte-Sur.

Con estas teorías como base es ya posible replantear la acción política de manera más eficaz para la distribución del producto mundial entre todos los humanos, sustituyendo la nefasta dualidad "Norte-ayudando-a-Sur" por la correcta visión de un solo sistema mundial en el que o nos salvamos o nos hundimos todos. Pero no percibo en esas teorías la visión necesaria a largo plazo para corregir los desafueros del desarrollismo y la inevitabilidad de sus límites.

Por eso vuelvo a los tres niveles de componentes sociales para aplicarlos ahora a una correlativa clasificación de teorías del desarrollo. En efecto, resumiendo ideas que ya expuse en otro lugar³, clasificaré las teorías explicativas del desarrollo en tres grandes grupos, como muestra la tabla adjunta.

El primer grupo integra las distintas variantes del modelo convencional, caracterizado por basarse en las variables micro y macroeconómicas usuales, correspondiendo así al nivel tecnicoeconómico de la realidad. Puede afirmarse que tales modelos y teorías, por mucho que pretendan explicar el desarrollo, sólo pueden aplicarse todo lo más a procesos de crecimiento, sin capacidad para el cambio estructural inherente al auténtico desarrollo.

El segundo grupo presenta dos grados de ampliación teórica, de mayor trascendencia el segundo. En el primer grado se integran los intentos para añadir dimensiones sociales y culturales al desarrollismo cuantitativo, mediante variables ligadas a los conceptos de "calidad de la vida", "necesidades básicas" y otros. El resultado es el modelo que llamaré "convencional ampliado", más los distintos reformismos, tan interesantes por lo común en sus planteamientos como tímidos luego para llevar éstos a sus últimas consecuencias.

Por eso la segunda ampliación es mucho más importante, porque al considerar variables políticas —grupos y clases sociales, centros de poder e instituciones que lo ejercen, conflictos, etc.— permiten iluminar mejor la estructura de la realidad. Así se ha acuñado la noción de dependencia que, con todas sus consecuencias y connotaciones, es hoy por hoy el enfoque más eficaz para penetrar en los problemas del desarrollo, sin olvidar que la dependencia es también cultural, porque la más grave de las colonizaciones es la mental. En todo caso, las dos ampliaciones de este segundo grupo corresponden al nivel sociopolítico de mi anterior clasificación de componentes.

Por último, un tercer grupo se impone cada vez más en la conciencia científica y ciudadana, pese a la resistencia de los intereses establecidos y de la rutina académica. No es una novedad, porque siempre ha habido pensadores contrarios al mero desarrollismo, pero sólo más recientemente ha empezado a invadir esa actitud el campo específico del debate económico social. Quizá las primeras manifestaciones operativas hayan partido de la actitud ecológica, con su inquietud ante la degradación de la naturaleza, y por eso aparecen ante todo en este grupo interpretaciones que ya hablan de "Ecodesarrollo", por lo menos desde la

³ Artículo *Desarrollo Económico*, en "Economía Planeta. Diccionario Enciclopédico". Barcelona, 1980 (Vol. 3).

Conferencia de Estocolmo, hace diez años, incorporándose así a la teoría las variables relacionadas con los límites medioambientales.

En todo caso, las actitudes como las que inspiran el presente trabajo creen que el respeto a la Naturaleza o la reintegración del hombre en el mundo no son los únicos valores que escasean gravemente en la civilización industrial. Por eso es preciso concebir un nuevo desarrollo, ampliando las variables usuales en los anteriores modelos con las emanadas de otro sistema de valores. Los lectores conocen diversos ejemplos de intentos para encontrar la vía del nuevo desarrollo, y no es mi propósito referirme a ellos. En todo caso existen y progresan, aun reconociendo que queda mucho camino por recorrer, pero hay que recorrerlo si creemos, como a mí me ocurre, que este desarrollo está llegando a sus límites, históricamente hablando.

En carromato hacia el Sur

La conclusión, por tanto, es que no habrá nuevo desarrollo sin referirse a un nuevo sistema de valores. Esto significa caminar hacia otra cultura distinta. Dicho de otro modo, el intento de reparar el olvido de la cultura en el desarrollismo actual supone, si se lleva a fondo y no se reduce a parches superficiales, nada menos que proponerse una nueva cultura en la que, naturalmente, la actividad económica será siempre una dimensión indispensable, pero de intensidad ponderada en relación con las demás, según el nivel alcanzado ya por cada sociedad. He aquí por qué afirmaba yo al comenzar que daba lo mismo partir de uno o de otro término, salvo las ventajas de un planteamiento más estimulante: en definitiva, lo importante es reconocer la relación interdependiente entre cultura y tipo de desarrollo.

Ahora bien, ¿acaso es fácil pasar de una cultura a otra? Ciertamente que no: se requiere para ello una ruptura histórica, y eso es el máximo caso de cambio social. Ahora bien, aquí estamos de nuevo ante un problema de planteamiento. Si creemos que este desarrollismo ya se agota, la cuestión no está en si es fácil o no pasar a un nuevo desarrollo (es decir, a una nueva cultura), sino en emprender desde ahora el camino del cambio. Lo utópico, repitámoslo, no son los cambios en la historia (cuyo curso es un perpetuo cambio), sino el olvido de unos límites reales y la pretensión de eternizar una situación.

De todas maneras, la tarea es gigantesca y el pesimismo resulta incluídible, sobre todo al contemplar el acelerado progreso de técnicas concentradoras de poder, aplicables a la dominación, como son las nuevas fuentes de energía, los transportes, los armamentos y, más todavía, la telemática, más la amenaza incipiente del condicionamiento genético, que nos encadenaría con eslabones insertos en cada una de nuestras células. Tales técnicas, al servicio de las alianzas burocrático-militares, constituyen un riesgo grave, acuciante e imposible de ignorar.

Pero no se trata —sería ciertamente ilusorio— de cambiar de cultura sino de

iniciar el cambio desde ahora, y eso ya está en marcha. Esta crisis-ruptura nos arrastra; la toma de conciencia se generaliza. Las miradas nostálgicas hacia atrás de teóricos que sin embargo se presentan como "nuevos" no hacen sino demostrar la impotencia creadora en quienes pertenecen ya, por sus ideas y concepciones, al pasado. Pero la crisis no es toda negativa; con su depuración de anacronismos y con su implacable planteamiento de retos sin precedentes nos invita a seguir la corriente, en vez de suicidarnos oponiéndonos a ella. Sólo así se explican actitudes como la reflejada en la frase de Eric Fromm: "Cada vez tengo más razones para el pesimismo, pero más motivos para la esperanza". Por de pronto, descolonicémonos mentalmente rechazando la visión convencional: ya vemos cuán poco se avanza con ella.

La tarea intelectual es difícil y tropieza con obstáculos, tales como intereses establecidos, los poderes políticos instalados en los centros de decisión o los reductos académicos de más influencia: ahí están los premios Nobel —con una minoría de excepciones— para demostrarlo. La tarea de los disidentes consiste, nada menos, en levantar otra construcción teórica interpretativa del mundo frente a la detentada por ellos. Y aunque sin duda en la hoy vigente existen partes aprovechables, ¿no es verdad que uno se siente pobre de herramientas conceptuales ante el andamiaje en sí mismo admirable, rico en rasgos de ingenio, construido por la ciencia académica a lo largo de dos siglos?

No obstante, esa tarea ha de hacerse y, repito, se está haciendo ya, como todos sabemos. Si alguna vez se siente el desánimo, permitidme apelar a una fábula que he utilizado otras veces. En efecto, la incipiente teoría del economista disidente podría compararse a un viejo carromato, compuesto de piezas heterogéneas y arrastrado por un jamelgo, cuyo científico ocupante ha de pararse en un paso a nivel. Allí mismo, ante él, se detiene un lujoso tren con todos los perfeccionamientos técnicos —como las teorías convencionales—, desde la máxima velocidad hasta el aire acondicionado y todos los refinamientos. Desde sus ventanillas famosos economistas incitan a su pobre colega a subir al vagón y ponerse a disfrutar de todas las ventajas para vivir e investigar, desde el prestigio oficial hasta las facilidades de bibliotecas y demás medios. Pero el invitado mueve la cabeza y contesta:

—No puedo acompañaros. Seguí unos carriles que os llevan hacia el norte de vuestra vieja brújula y cada kilómetro adelante os acerca a chocar con vuestros límites. Yo, en cambio, camino hacia la vida del Sur, hacia el nuevo desarrollo, y aunque vaya paso a paso, mis progresos resultan positivos. Iré despacio, pero en la buena dirección: en la del cambio histórico y el progreso hacia una cultura que no nos degrade, como la vuestra, que prefiere el desarrollo de las cosas al desarrollo del hombre mismo.

Tengamos confianza en nuestro carromato: la historia la cambian siempre los periféricos o los marginados interiores; los bárbaros contra Roma o los cristianos desde sus catacumbas. Los privilegiados nunca desean el cambio, pero sus pies, como los del ídolo de Nabucodonosor, son de barro. O, como decreta un

espléndido verso castellano, que resume en dos líneas toda la dialéctica social del cambio:

*"Las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron."*

NIVELES DE REALIDAD SOCIAL Y MODELOS DE DESARROLLO

(Nota: Cada modelo tiene en cuenta, además de sus variables específicas,
las de los niveles precedentes)

NIVEL	VARIABLES	MODELO
1. Tecno-económico	Micro- y macro-económicas	Convencional
2. Socio-Político	Calidad de vida, necesidades básicas, etc.	Convencional ampliado, Reformista
	Grupos, clases, instituciones y poder.	Dependencia
3. Axiológico	Límites medio-ambientales	Ecodesarrollo
	Sistema de valores	Nuevo desarrollo